

# ANTROPOLOGÍA DEL CORAZÓN (I). EL CORAZÓN A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE LA MEDICINA

---

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

## RESUMEN

Con el título genérico de *Antropología del corazón* comienzo hoy una serie de trabajos relativos a la víscera cardiaca, siendo el primero de ellos, "El corazón a través de la Historia de la Medicina". En él, tras mostrar la extrañeza de que la verdadera historia del corazón comience en el siglo XVIII con William Harvey, se consideran, no obstante, retazos de su "prehistoria", comenzando en una pintura rupestre del Paleolítico y continuando con Mesopotamia, el Egipto faraónico, la antigua India, la China milenaria, las tradiciones semita y árabe, las culturas precolombinas, e incluso la noción del corazón en los pueblos primitivos actuales. En un segundo bloque, comenzamos en Grecia, desde el periodo homérico hasta Hipócrates, aludiendo a las opiniones de Platón y Aristóteles, hasta llegar, a través de Herófilo y Erasístrato, a Galeno de Pérgamo. Tras rastrear las concomitancias del corazón con el amor sagrado y con el amor carnal a lo largo del Medioevo, desembocamos en las importantes aportaciones a su conocimiento de Vesalio, de Miguel Servet y de William Harvey. Tras un siglo XVIII presidido por el nihilismo terapéutico en todas las ramas de la Medicina y de una décimo-octava centuria en la que, nombres como Laennec, Skoda, Roentgen y Eindhoven, pondrían los cimientos de la Cardiología actual, ésta se desarrollaría como especialidad médica a partir del primer tercio del siglo XX, para comenzar, treinta años después, como especialidad quirúrgica, desembocando después, ya casi en nuestros días, en la Cardiología intervencionista, basada en la terapia mecánica transluminal, que está llegando a métodos y soluciones cada vez más avanzados, más inesperados y más ilusionantes.

## ABSTRACT

With the generic title of *Anthropology of the heart*, today I begin a series of papers relative to the cardiac viscus, the first of them being "The heart throughout the history of Medicine". After showing surprise for the true history of the heart beginning in the 18<sup>th</sup> century, with William Harvey, pieces of its "pre-history" are also considered, starting with a cave painting from the Palaeolithic and continuing with Mesopotamia, the Pharaohs' Egypt, ancient India, millenarian China, the Semitic and Arabian traditions, the pre-columbine cultures and even the notion of "heart" in contemporary

primitive peoples. In the second part, we shall start in Greece, from the Homeric period until Hippocrates, alluding Plato's and Aristotle's opinions until, through Herophile and Erasistrate, to Galen of Pergamon. After tracking the concomitance of the heart with sacred love and carnal love throughout the Middle Ages, we end in Vesalius's, Miguel Servet's and William Harvey's important contributions to its knowledge. After an 18<sup>th</sup> century dominated by the therapeutic nihilism on all branches of Medicine and the nineteen hundreds, when Laennec, Skoda, Roentgen and Eindhoven would lay the foundations of present-day Cardiology, it would develop as a medical specialty from the first third of the 20<sup>th</sup> century to start as a surgical specialty thirty years afterwards, ending at last, almost in our days, in interventionist cardiology, based on transluminal mechanical therapy, which is arriving to more advanced, unexpected and hopeful methods and solutions.

Se han cumplido ya veinte años de la publicación de mi primer trabajo de perfil antropológico, *Aproximación a una antropología de la mano: la mano del médico*, tema de mi discurso de ingreso como Académico Numerario. Posteriormente, acometí un estudio del mismo corte, con el pie como protagonista y tengo recién terminada una serie, titulada *La vida en los ojos*, que, si Dios quiere, será publicada próximamente.

Hoy comienzo unas reflexiones semejantes sobre el corazón y es curioso que en mi rastreo por Internet encuentro a un autor argentino, Daniel Camels, que en 2001 publicó su *Libro de los pies. Memoriales de un cuerpo fragmentado*, primer volumen de una serie que, dice, "se completará con otros sobre el corazón, los ojos y las manos". He de confesar que me sorprende un poco la coincidencia en los temas escogidos, que concuerdan exactamente con mi serie antropológica, casi finiquitada y que me agrada sobremanera mi primacía en el intento. No quiero ni pensar que el autor citado me haya venido siguiendo todos estos años, cosa posible si nos atenemos a la "universalidad" de nuestro *Boletín*, pero improbable, dada mi pequeñez en el terreno de la antropología, a la que he llegado humildemente desde la Medicina, como antes llegaron desde la filosofía, estos sí, triunfalmente, Aristóteles, Diderot, D'Alembert y Kant y, de la misma forma, Blumenbach, desde la historia natural.

Dada mi procedencia, es lógico que los temas por mí tratados pertenezcan a la Antropología física o biológica, que estudia los caracteres físicos –tanto desde el punto de vista morfológico como fisiológico– de los diversos grupos humanos, situándolos en su evolución histórica y en sus particulares situaciones espaciales. Claro que, al estar englobado mi quehacer en una Antropología general, también me he de apoyar en la Antropología filosófica, cuya misión consistiría en revelar cómo el estudio de la estructura fundamental humana es la base de sus funciones y obras específicas (lenguaje, arte, religión, ciencia, historia, etc.), que son posibles solamente tras el estudio de las ciencias médicas (Anatomía, Fisiología y Patología) y de las ciencias humanas, que estudian a la persona en su magnífica dualidad de alma y cuerpo (Historia, Lingüística, Literatura, Psicología, Derecho, Arte, Arqueología, incluso el conocimiento de las religiones). Es necesario, por tanto, el concurso de otra rama de la Antropología, la cultural y social.

Hoy comienzo, pues, un tema al que he dado el título genérico de *Antropología del corazón*, basado, ni más ni menos, que en el intento de Juan Pablo II, "el Papa de los dos corazones", a partir de su primera encíclica *Redemptor hominis*, de llevar a la Iglesia y al mundo al Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María. No he de tratar específicamente este tema aunque a lo largo de la elaboración de este trabajo existirán, ineludiblemente, referencias más o menos cercanas.

Lo primero que llama la atención al abordar el tema, es el desconocimiento que se ha tenido del corazón a través de la historia. ¿Cómo es posible que un órgano, cuyo simbolismo ha impregnado a todas las culturas desde que el hombre pisa la Tierra, haya podido ser tan desconocido? ¿Cómo es posible que hasta el siglo XVIII no se haya sabido nada de las afecciones cardíacas ni hayan sido éstas mínimamente tratadas en los escritos de Medicina? ¿Cómo ha sido tan larga –prácticamente hasta William Harvey- la *prehistoria del corazón*?

Por el contrario, en estos últimos años, el absoluto conocimiento de su estructura y de su funcionamiento, las magníficas posibilidades de su terapéutica, tanto médica como quirúrgica, las profundas reflexiones desde diversas ramas de la Antropología, como la social, la filosófica, incluso la teológica, han propiciado el desarrollo de una “edad de oro” del corazón<sup>1</sup>. Multitud de investigadores, desde sus diversas parcelas del conocimiento, se han dedicado con profundidad y pasión a estudiar el símbolo más duradero, importante y provocativo de la humanidad: el corazón, el músculo de la vida que bombea por nuestras venas el fluido que más necesitamos para vivir; la piedra angular de todo triunfo; lo que se nos llena de gozo cuando descubrimos el amor y lo que más nos duele cuando lo perdemos o no es correspondido y la menuda silueta rojiza, que alguien pintó en la pared de una caverna de España hace más de 12000 años.

### **El corazón a través de la Historia de las Medicina**

Y es ahí, en la Prehistoria, donde comienza la historia del corazón, rodeada de resplandores míticos y, por consiguiente, de misterio, como esa silueta de mamut de la cueva del Pindar en Asturias, enigmática pintura rupestre de finales del Paleolítico, de la que se dice que el inmenso corazón rojo que el animal lleva pintado encima de las patas delanteras no indica si el hombre primitivo lo pintó por el corazón mismo o para señalar el lugar ideal para dirigir las flechas y lanzas a fin de abatirlo, en el pensamiento de que en el corazón estaba la fuente de la vida.

En los comienzos de la humanidad, el corazón, como el resto de los órganos del cuerpo humano fue considerado, más que en su aspecto funcional, como símbolo. Un poema sumerio de 2500 años a.C. que expresa *..sentía latir su corazón lleno de orgullo*, pudiera representar el nacimiento de su simbolismo, que se perpetuaría en todos los pueblos prehelenísticos -China, India, Egipto e Israel- incluso en Grecia y en la antigua Roma, que le considerarían como el centro del entendimiento, del valor y del amor.

En Mesopotamia, exceptuando unas vagas alusiones en el código de Hammurabí a su estructura, destaca la consideración del corazón como centro de los movimientos del alma así como lo era el hígado el de las emociones sensibles, los riñones, centro del vigor físico y el vientre, el asiento de los sentimientos y la inteligencia.

En la Medicina del Egipto faraónico, el corazón está omnipresente según podemos constatar en los papiros: en el de Brugsch encontramos una buena descripción de la anatomía cardiovascular; el de Edwin Smith contiene una disertación sobre el corazón y las venas; el de Chester Beatty nos ofrece recetas para enfermedades del corazón y los papiros de Berlín y de Ebers incluyen una versión del *Libro del corazón*. En el último de los citados podemos leer, incluso, la siguiente descripción de la angina de pecho: *Si examinas a un hombre porque está enfermo del corazón y tiene dolores en los brazos, en el pecho y en un costado de su corazón...la muerte lo amenaza*. Cabe preguntarse si tales observaciones de la angina de pecho o del infarto de miocardio pudieran ser

<sup>1</sup> Godwin, Gail: *Corazón, itinerario personal por sus mitos y significados*, Espasa Forum, Madrid, 2004.

el origen de la supuesta relación entre el dedo anular y el corazón que Sauneron ha rastreado hasta principios del siglo I a.C. Esta relación era tan familiar entre los antiguos egipcios, que los coptos llamaron a ese dedo, simplemente, dedo del corazón. Además, un papiro del *Libro de los muertos* trae la primera representación gráfica del corazón que se conoce, después del mamut de la cueva del Pindar, naturalmente.

Este órgano intratorácico era considerado como un músculo, centro del cuerpo y del sistema vascular, sede de la inteligencia y de la percepción. Situado en el lado izquierdo del pecho, del cual sólo se desplaza en caso de enfermedad, recibe agua a través de una vena receptora y tiene cuatro venas que van a todas las partes del cuerpo. Se suponía una estrecha relación entre el corazón y el estómago. Este último –llamado *ro-nib*, boca del corazón- da sentido a la frase “*el corazón es un dios cuya capilla es el estómago*”.

Un anónimo egipcio del siglo octavo, titulado “El Secreto de la Flor de Oro”, nos dice: *El espíritu consciente mora más abajo, en el corazón. Tiene la forma de un gran durazno; está cubierto por las alas de los pulmones, soportado por el hígado y servido por las entrañas. Este corazón es dependiente del mundo externo. Si no se come por un día se siente extremadamente incómodo. Si oye algo espantoso, palpita; si oye algo enojoso, queda paralizado; si se ve frente a la muerte, se torna triste; si ve algo bello, se torna enceguecido*<sup>2</sup>.

O sea, que, según los iniciados egipcios, el corazón es el asiento de la conciencia moral, pues como toda la sangre es impulsada por el corazón y a él vuelve, toda vida deja su huella en él. El legendario visir Ptahotep consideraba al corazón como “llave de moral”, según esta sentencia: *Sigue a tu corazón durante tu vida o no vivir de acuerdo al corazón hace desaparecer el corazón. Yerra –prosigue el visir- quien desoye y olvida su corazón. Y asegura: ..un buen corazón es el mejor don de Dios, pues para un hombre, su corazón es vida, salud y prosperidad. Es desde el corazón como se ordenan todas las potencias del alma: Quien obedece a su corazón estará en orden. “Oír” y “entender” son facultades del corazón, necesarias ambas para “obedecer”, hasta el punto que Dios ama al que entiende; al que no entiende, Dios lo rechaza. Por fin, los egipcios afirmaban que lo perfecto se encuentra siempre en el justo medio, como el corazón está en el centro del ser humano, constituyendo el Sol de la persona como el Sol es el corazón del Sistema Solar.*

El corazón era representado de varias maneras. Existía un amuleto en forma de corazón en el que hay inscritos caracteres jeroglíficos que dicen: *Yo soy el alma de Kepher-Ra*, o sea, el Sol como deidad que se eleva hasta el mediodía. Otras veces, para escribir el nombre Egipto, pintan un pebetero ardiendo y encima un corazón; este jeroglífico o “corazón llameante” –equivalente a la palabra Egipto- es uno de los epítetos de los Faraones. Horapolo, sacerdote griego del siglo III d. C. en su *Hieroglyphica*, el primer tratado sistemático de la lengua jeroglífica egipcia, afirma que los egipcios representaban el corazón como un ibys ya que dicho animal está íntimamente relacionado con Hermes, señor de todo corazón y raciocinio. Plinio, por su parte, decía que con la pintura de esta ave los egipcios representaban el corazón del hombre y la dedicaban a Mercurio -el Hermes romano- a quien tenían por gobernador de las palabras y los conceptos del corazón.

Para completar la simbología del corazón entre los egipcios, anotaremos los dos corazones, *Ib* y *Haty* de los que se habla en el *Libro de los muertos*. *Ib*, con el jeroglífico de una vasija en forma de corazón, es la sede de la conciencia, el corazón que se pesa

<sup>2</sup> Hernán Baeza, R.:

en el juicio. En él vive el saber que ve, la intuición. *Ib* es el cáliz místico donde se vierte la llama divina; es el responsable de los actos, sede del pensamiento, la memoria, la inteligencia, el valor y la fuerza de la vida. *Haty*, que significa “lo que está delante”, “el pecho” se representa por la parte delantera de un león. En él reside el poder mágico, porque si *Ib* es el asiento del alma, *Haty* es su brazo, su poder.

El corazón del difunto debía seguir latiendo para abrir las puertas del Mundo Invisible. Y porque debía seguir latiendo y porque no debía testificar contra su portador, el difunto tenía escritas en sus vendas, en papiros o en la piedra de sus sarcófagos, textos que recordasen quién era, qué se esperaba de él, aún más allá de las puertas de la muerte. En los *Textos de los sarcófagos* puede leerse: *Yo puse tu corazón en el interior del cuerpo para ti, para que tú puedas recordar lo que has olvidado*. Y en el papiro de Ani: *No dejes que tu corazón desfallezca*.

En la antigua India, como en Egipto, el corazón fue considerado un órgano místico, privilegiado, el sitio de la inteligencia y del alma, con olvido del cerebro al que relegaban a un papel secundario. La palabra que designa al corazón, lingüísticamente, partiendo del latín, el griego y las lenguas indoeuropeas, hasta llegar al sánscrito, es *hrid*, que significa *saltador* en referencia a los saltos que da en el pecho en respuesta a los esfuerzos y a las emociones. Esta cualidad de saltar explicaría la representación gráfica del *anajata* -cuarto chakra o centro de energía del corazón- consistente en un ciervo o antílope en actitud de saltar. Hacia abajo del cuarto *chakra* están los centros más “inferiores”, la sexualidad, las emociones, lo vegetativo y, hacia arriba, lo intelectual y lo puramente espiritual. En el *anajata* o centro del corazón se unen estas energías materiales y espirituales.

Los hindúes consideraban que la materia del universo, tanto la del micro como del macrocosmos está formada por cinco elementos, o *dhātu*, de los que tres desempeñan un papel más importante: el **agua**, que circula bajo la forma de pituita o flegma, (*kapha*), materia común a todas las serosidades y secreciones de aspecto acuoso y que predomina en la infancia; el **fuego** que se presenta bajo la forma de bilis (*pitta*), del fuego interior corporal, que aparece durante la digestión y es símbolo del Sol, predominando en la edad madura y el **viento** (*prâna*) que se presenta bajo la forma de soplo o de corriente en el cuerpo, idéntico al que recorre el universo, fuerza delicada y material a la vez, que predomina en la vejez. Estos tres elementos del cuerpo humano, los tres *dhātu* o *tridhātu* forman el grupo de las tres fuerzas activas esenciales de la vida, tanto en el macro como en el microcosmos.

Además de los tres grandes principios activos del organismo, los *dhâtus*, que acabamos de ver, el Ayurveda distingue siete elementos sustanciales, derivados de los primeros, que son: *Mâmsa*, la carne, *Medas*, la grasa, *Asthi*, el hueso, *Majjâ*, la médula del hueso, *Shukra*, el esperma y *Rasa*, el jugo orgánico, producido por la “cocción” de los alimentos en los órganos digestivos; su centro es el corazón, (*hridaya*), con aspecto de capullo de loto invertido y sede del entendimiento y del amor, de donde mana por 24 tubos, de los cuales, diez se dirigen hacia arriba, diez hacia abajo y cuatro son horizontales y por 72000 vasos finos o *nâdi*. Se le consideraba como centro y conservación de la vida.

La esplanología china de la antigüedad ya distinguía entre los cinco *tsang* u órganos macizos: corazón, hígado, bazo, pulmones y riñones y los seis *fu* o vísceras huecas: vesícula biliar, estómago, intestino grueso, intestino delgado, vejiga y los tres cocedores *san tsiao*. En cuanto al corazón, se creía de muy antiguo que en los hombres superiores existían en dicho órgano siete orificios. El último soberano de la dinastía Yin -siglo XI a.C.- hizo abrir el tórax de uno de sus ministros para comprobar si tal

afirmación respondía a la realidad. Consideraban al corazón igual que en la antigua India, como centro del entendimiento y del amor y en el I Ching, libro de la tradición china, se dice que el corazón no se detiene nunca, al igual que nuestro pensamiento, que busca, mira, siente, pero nunca para.

Un anónimo chino, titulado “El Secreto de la Flor de Oro”, nos dice: *El espíritu consciente mora más abajo, en el corazón. Tiene la forma de un gran durazno; está cubierto por las alas de los pulmones, soportado por el hígado y servido por las entrañas. Este corazón es dependiente del mundo externo. Si no se come por un día, se siente extremadamente incómodo. Si oye algo espantoso, palpita; si oye algo enojoso, queda paralizado; si se ve frente a la muerte, se torna triste; si ve algo bello, se torna enceguecido.*

En la medicina coreana de por entonces el corazón se equipara al fuego, la sangre a la tierra, el riñón al agua, el pulmón al metal y el hígado a la madera. Cada elemento tiene influencia sobre otro elemento particular. El corazón restaura la sangre, que ayuda al pulmón, el cual mantiene al riñón; éste reacciona con el hígado y el hígado, en fin, trabaja con el corazón.

Según la tradición semita, el corazón humano es un *girador*. Si para nosotros ese girar representa un comportamiento frívolo e inconstante, para aquella, la oscilación es la condición normal del centro radical de la persona que es su corazón. Las dos palabras hebreas que lo definen, *lev* y *levav*, aparecen en la Biblia 827 veces, en muchos casos relacionadas a conceptos de giro como volverse, inclinarse o convertirse. Sirvan los siguientes ejemplos: *Si os volvéis (revertimini) a Yavé con todo vuestro corazón...* (1 Sam 7, 3); *Entonces se inclinó (inclinavit) el corazón de todos los hombres como un solo hombre..* (2 Sam 19, 15); *que incline nuestros corazones hacia él...para que guardemos todos los mandamientos* (1 Rey 8, 58); *Volvedme pues, amor por amor como a hijos míos ensanchad también para mí vuestro corazón..* (2 Cor 6, 13); *Ahora pues, convertíos a mí, (convertimini) dice el Señor, de todo vuestro corazón con ayunos, con lágrima y con gemidos..* (Jl 2, 12).

La Biblia habla incluso del corazón de Dios: en algunos pasajes, para antropomórficamente, señalar cambio de sus designios: *Se arrepintió, pues, de haber creado al hombre, y se indignó en su corazón.* (Gn 6, 6); en otros, para señalar determinación irreversible, como cuando, ante el holocausto ofrecido por Noé, *Yavé dijo en su corazón: Nunca más volveré a maldecir a la tierra por causa del hombre ya que los sentidos y pensamientos están inclinados al mal desde su mocedad..* (Gn 8, 21). Pero la gran revelación sobre el corazón de Dios y su misericordia está en el Evangelio: además de las cualidades expresamente asociadas al corazón, como *los limpios de corazón* (Mt 5, 8) *..donde está tu tesoro, allí estará también tu corazón* (Mt 6, 21); *piensan mal en el corazón*” (Mt 9, 4); *la boca habla de lo que rebosa del corazón* (Mt 12, 34); *..que viene el Maligno y arrebató la palabra de Dios sembrada en el corazón..* (Mt 13, 19), *..lo que sale de la boca procede del corazón, y eso es lo que hace impura a la persona..* (Mt 15, 18); *..del corazón proceden las malas acciones* (Mt 15, 19); *perdonar de corazón al hermano* (Mt 18, 35); *María meditaba en su corazón* (Lc 2, 19); *insensatos y tardos de corazón para creer* (Lc 24, 25); *el corazón arde* (Lc 24, 32); *..e inclinad vuestro corazón hacia Yahveh, Dios de Israel* (Jo 24, 23) y, por fin, el Evangelio propone una *revolución*, cuando Jesús presenta su corazón como paradigma, en aquella célebre sentencia: *aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt 11, 29).

En un mundo dominado por la indiferencia y por la crueldad, el llamamiento (¿o será más bien un alerta...?) del Maestro – “aprended de Mí” – y la serena ponderación del

corazón de la Madre se vuelven urgentes. Proponen el gran giro del corazón humano, que sólo ocurrirá (la misma Biblia lo advierte...) si se cumple, como condición previa, el buen funcionamiento de un otro órgano: el oído: *Por más que oigan, no entenderán; este es un pueblo de corazón endurecido* (Mt 13, 14-15).

La lengua árabe profundiza todavía más. En ella, literalmente, el vocablo con el que se denomina corazón, *qalb*, significa girador; el verbo *qalaba* es girar. Y un antiguo y proverbial verso dice incisivamente: *El corazón / girador ha sido llamado de girador porque... él gira*. En la tradición musulmana -especialmente para los sufíes- "Dios es el girador (transformador) de los corazones", (*muqallibu al-qulûb*). O, como dice el Corán: "...el día en que los corazones (*al-qulûb*) sean girados (*tataqallab*)"<sup>3</sup> (24, 37). Y en un *hadith*, dice el Profeta: *El corazón está siempre entre dos dedos del Misericordioso que lo hace girar como Él quiere*. Y la imagen del alma como pozo -y la rueda que da vueltas para sacar agua- clásica en la mística musulmana, que por la *qalaba* -que significa giro pero también transmutación- refleja a Dios y se transmuta en Él, reaparece en San Juan de la Cruz, que habla del "pozo de aguas vivas".

En la América precolombina, donde coexistieron las civilizaciones inca, azteca y maya, también nos encontramos noticias del corazón, sobre todo de corte simbólico, provenientes de los frecuentes sacrificios rituales. Tenían como práctica religiosa común, arrancar el corazón a sus víctimas con un afilado instrumento de obsidiana y lo ofrecían a sus dioses en ceremonias presididas por cánticos misteriosos. Existen descripciones de estas ceremonias como la siguiente de un observador español de la época: *..Cuando arrancaba el corazón de las entrañas y costado del miserable sacrificado, era tan grande la fuerza con que pulsaba y palpitaba, que le alzaban del suelo tres o cuatro veces, antes de que había el corazón enfriado...*

Era común la antropofagia, siendo el corazón uno de sus "bocados" preferidos, junto con el cerebro. Esta costumbre se daba más que como dieta, más o menos habitual, en virtud de una creencia mágico-simbólica, que podríamos llamar sacramental, esto es, por creer que al ingerir carne, el corazón o el cerebro de un hombre o de una mujer, en quien se reconocen cualidades excepcionales, se apropian de tales cualidades de tipo superior o espiritual. Este ha sido el motivo o la creencia por el que algunos pueblos primitivos actuales, como amerindios, melanoafricanos o melanesios, han comido carne o vísceras de misioneros o misioneras o de un caudillo vencido pero apreciado por su valor o heroísmo o la antropofagia de ciertas tribus practicada con sus mayores o con familiares y amigos allegados.

Algunos síntomas de enfermedades del corazón (*sonco* para los incas, *putzikal* para los mayas y *yoyolltli* para los aztecas) tienen una denominación precisa, como son los términos mayas *coc* y *cocem* para designar la disnea de la insuficiencia cardíaca y *chibil*, *tzemil*, para el dolor coronario. En la cultura azteca aparecen casi 4000 vocablos anatómicos para el cuerpo humano, léxico, que difícilmente puede ser igualado por otra civilización.

Al corazón se le consideraba como el centro de la vida, de la fuerza, único órgano que podía alimentar a los dioses.

También para los indios *huicholes*, que existen todavía en el norte de México, el corazón tiene gran importancia. Cazan pequeños venados a los que sacan el corazón y los ofrecen a sus dioses, un ritual de adoración en el que usan el peyote, una planta alucinógena, que les provoca visiones místicas. Los *huicholes* creen que los ciervos,

<sup>3</sup> El Corán. Aguilar S.A. de ediciones, 6ª edic, Madrid, 1981, XXIV-XXXVII, pp. 30.

el maíz, la tierra, son un gran corazón del venado, donde todo se junta participando de la vida. Un texto de un *shamán huichol* nos dice: *El árbol está en todas sus hojas, el corazón del venado está en todos los caminos; la luz no tiene huecos ni el corazón del venado tiene ausencias. En cada página de este libro está el corazón del venado. Si cierras los ojos sentirás su oreja junto a tu oído.*

Entre los *candoshi*, grupo indígena establecido al norte de la Amazonia peruana, estrechamente relacionado con los *shapra* y culturalmente muy próximo al conjunto étnico *jívaro*, la noción central de la percepción radica en el corazón (*magish*), afirmando que, incluso en los sueños, ven con el corazón. Éste es para ellos el núcleo impulsor, hasta el punto que los dos componentes más importantes de la persona, *vanotsi*, que se podría traducir por cuerpo pero que hace referencia a la sustancia que lo compone, y *vani*, concepto traducido por "alma" por los misioneros pero que designa la intencionalidad que anima a la persona y da forma a su cuerpo, interaccionan a través del corazón.

Los *candoshi* consideran que sólo en el corazón se sitúan los diferentes estados y facultades que nosotros llamaríamos psíquicas, incluyendo además otros procesos de orden más somático. Este hecho fundamental de su etnopsicología se expresa en la gran cantidad de expresiones cuyo sujeto es el corazón, *magish*, que hacen referencia a todos los aspectos de la actividad interior de tal manera que una distinción se hace conceptualmente imposible. Como actividades afectivas podríamos citar las siguientes expresiones: *magich kama* (corazón dulce): el sujeto no tiene ningún problema; *magich kisa* (corazón jubiloso): el sujeto tenía un problema pero ya se resolvió; *magich mantsatarich* (corazón feo): pena, preocupación por la muerte de un familiar, por ejemplo; *magich shabatamaama* (corazón curado): expresa el alivio después de la solución de un problema; *magich tsiyantámaama* (corazón furioso): expresa el estado colérico.

Se pueden citar como ejemplos de estados psico-somáticos: *magich tsipatara* (corazón que desaparece), para expresar un estado de desfallecimiento temporal o la muerte; *magich tit titi tit*, onomatopeya de los latidos del corazón; *magich yáaramaama* (corazón reparado) para expresar el restablecimiento de una enfermedad; *magich yootarita* (corazón en falta) para hablar de la percepción de una patología.

Las actividades intelectuales tienen también el corazón como lugar de asentamiento, como lo demuestran los siguientes ejemplos: *magich mampamaama* (corazón relampagueando) para decir que se equivoca o *magóanamaama* que quiere decir aprender o comprender.

El corazón es el centro también de las cualidades de la personalidad: *magich kapogo* (corazón grande) para calificar a alguien determinado, capaz e inteligente; *magich pakshi* (corazón pequeño) antónimo de la anterior; *magich doni* (sin corazón), para describir el sujeto cuya conducta carece de sentido.

Los principios que conforman la persona "vanotsi", "vani" y el corazón "magish", no son atributos exclusivos de la persona humana. Animales pero también vegetales, fenómenos meteorológicos, espíritus... pueden poseer estos principios hecho que demuestra que para los *candoshi* no existe una definición que establezca un límite ontológico a la noción de persona. En todo caso, este límite no se corresponde con el de la definición de humanidad universal propia del pensamiento occidental, que incluye solo a los miembros de la especie humana. En realidad, la diferencia de especies, o mejor dicho, la diferencia morfológica de cuerpos, no es el signo de una diferencia de esencia sino de una distinta intensidad intencional, es decir, de una diferencia en la capacidad de percibir y de actuar. La jerarquía de esta sociedad heteróclita de humanos y no

humanos es encabezada por el jaguar. Entre los humanos, los grandes guerreros son los que mayor aptitud tienen. Estos seres preeminentes son los que poseen el corazón más grande, que les otorga capacidades superiores de interacción en el mundo moldeando un cuerpo acorde a estas facultades sensibles mayores. El tamaño del corazón, o lo que es lo mismo, la potencia que posee para percibir y actuar, es determinante para dar cuenta del peso específico de una persona. Hay personas, como la tortuga, que tienen un corazón pequeño y por lo tanto un nivel bajo de intensidad de animación, en el sentido de dotado de alma. Al contrario, otros tipos de seres tienen un gran corazón que les hace más valientes y determinados. Ahora bien, tal y como estamos exponiendo estos contenidos, podría parecer que toda especie tiene un tamaño y tipo de corazón predeterminado. En realidad esto no es exacto. La propia vida de una persona y, en particular, su determinación para implicarse en los asuntos que le conciernen, le cambian el corazón reforzándolo. La forma concreta en que esto pasa se puede describir a partir de los rituales más importantes realizados por los *candoshi*: los *magómaama*. Para todos los ámbitos importantes existen estas prácticas rituales: para la curación de patologías, para favorecer la caza y la fertilidad, para mejorar las relaciones conyugales y parentales en general, etc. Como indica la forma verbal que sirve para nombrarlos, y que puede ser traducida por algo así como el actuar del corazón (recordemos que la raíz *mag* designa el corazón), estos rituales pretenden adquirir una repotenciación de las capacidades perceptivas atribuidas a este órgano para hacer frente a los desafíos de los hechos de la vida.

Grecia, comienzo y esencia del mundo occidental, a decir de Julián Marías, con su afán de plantearse preguntas con respuestas para siglos, significaría, al igual que en las artes y otras ciencias, un enorme impulso en la Medicina en general y en la simbología del corazón, en particular

En el periodo homérico, según Lain Entralgo, los conocimientos anatómicos en la *Iliada* y la *Odisea* presentan una serie de notas que permiten diferenciarles netamente de los que aparecen en los primeros testimonios escritos de otros pueblos, como el hindú y el egipcio, pertenecientes también a la llamada cultura superior... Griegos arcaicos, dueños "de un apetito de realidad"; así los califica Laín con palabras de Zubiri.

Se leen con frecuencia en ambos poemas los diversos nombres con los que los griegos aludían al corazón: *kardie*, *kradie*, *ker*, *etor*; casi siempre con sentido psicológico de valor o energía, aunque más o menos unido a la idea anatómica de la víscera cardiaca. No es aventurado suponer que Homero conocía la conexión vascular entre el corazón y el cuello -*el corazón me late hasta la boca*- se dice en la *Iliada*, pero la expresión más demostrativa, y a la par, más discutida, del enlace vascular entre el corazón y el cuello es el pasaje del Canto XIII de la *Iliada* en la que se menciona la herida de un vaso sanguíneo, *phléps*, que *ascendiendo por la espalda, pasa por el cuello* (vena yugular interna o arteria carótida). Cree Homero, como todos los griegos hasta Alcmeón de Crotona, que el corazón y las formaciones anatómicas que le rodean -pericardio y diafragma- constituyen la sede orgánica de la vida psíquica. El vocablo *prapídes* alude estrictamente al diafragma, si bien en algunos pasajes de las obras homéricas, se refieren al pericardio. También para los griegos de este periodo, el corazón era la sede de los sentimientos y pasiones.

Alrededor del siglo V a. C. comienza en Grecia un debate sobre donde se localizaba el alma. Los filósofos presocráticos<sup>4</sup> la localizaron en el hígado; Alcmeón de Crotona,

<sup>4</sup> Lasso de la Vega, J.S.: "Pensamiento presocrático y Medicina" en *Historia Universal de la Medicina*, Salvat Editores, Madrid-Barcelona, 1971, T.2, pp. 37-73.

discípulo y amigo de Pitágoras, sin embargo, afirmaba que el centro del pensamiento y de las sensaciones era el cerebro y no el corazón si bien éste es uno de los órganos a los que considera “fuentes de la vida” y Filolao de Crotona, reproduce la doctrina de Alcmeón sobre los cuatro órganos fundamentales: cerebro (fuente de la razón), corazón (fuente del alma y sensación), ombligo (crecimiento del embrión) y órganos de las reproducción (origen del esperma). Como Epicuro, cree Parménides que el pecho es la parte *hegemónica* del alma y Empédocles de Agrigento que el corazón es lo primero que se forma en el embrión. Su doctrina del pensamiento se engarza en la doctrina general de la sensación. Los cuatro elementos (fuego, tierra, agua y aire) tienen pensamiento (*noéma*), pero el corazón, o mejor dicho, la sangre del corazón es la mezcla más perfecta y el que posee el *noéma* en el más alto grado. Entre pensamiento y sensación, la diferencia es de grado: la sensación es un pensamiento de orden inferior. A partir de aquí comprendemos la teoría de las sensaciones llevadas, por los vasos sanguíneos al cerebro, cuya autoridad seguirá Platón y, en general, el por qué del papel central otorgado por los médicos sicilianos al corazón y no al cerebro.

Hipócrates, el más famoso médico griego, sostenía que el alma residía en la cabeza. Describía al corazón como una pirámide color púrpura y comparaba el movimiento de la sangre con un vaivén parecido al flujo y reflujo del mar; hablaba sobre la responsabilidad de los ventrículos y situaba en el izquierdo la dirección del alma. Sus seguidores, los médicos hipocráticos, un siglo después, no llegaron a pronunciarse sobre el asiento del alma.

Hay una referencia a la comunicación vascular entre los pulmones y el corazón en *Sobre la enfermedad sagrada* y es real y acertada su descripción. En *Sobre la naturaleza de los huesos* se cita al corazón como “fuente de un vaso que atraviesa el diafragma”.

De todas formas, comoquiera que los médicos de las distintas Escuelas no se ponían de acuerdo sobre la localización del alma, fueron los filósofos, que en esos momentos contaban con gran reputación, los designados para responder a la eterna pregunta. Las doctrinas anatómicas de Platón, contenidas en su obra *Tineo* e influidas por Filistión de Locros, parecen tener el oculto designio de erigir el cuerpo humano en un muy cómodo habitáculo para la trinidad de sus almas: al diafragma le asigna el papel de un cerrojo, cuya misión es asegurar la puerta y aislar en el vientre al alma inferior y evitar que ésta perturbe a sus dos hermanas superiores. El alma afectiva y la intelectual, en cambio, ya no viven atrancadas pues el cuello es el istmo medianero y el puente que une estas dos almas vecinas. Ya se han mencionado las tres almas platónicas: el alma inferior o concupiscible que reside en el vientre, debajo del diafragma, el alma afectiva que mora en el corazón y la inteligencia que habita en el cerebro, al que cierta doxografía platónica tardía le llama “acrópolis del corazón”, se entiende que en todos los sentidos.

Platón en el *Tineo* coincide con todas las doctrinas del tratado *Sobre el corazón*: la relativa al pericardio, al paso de la bebida por los pulmones, el asentamiento en el corazón del calor innato y la estimación del corazón como fuente de la sangre. Son dignos de hacer notar la magnífica descripción morfológica, en particular la relativa a las cavidades cardíacas y la observación de la posición de la víscera, ligeramente desplazada a la izquierda.

Y en la misma enigmática obra, compendio de enseñanzas secretas sobre el hombre y el Universo, Platón escribe: en cuanto al corazón, nudo de los vasos y fuente de la sangre que circula rápidamente por todos los miembros, lo han colocado, por así decir, en el puesto de guardia. Platón llama al corazón “nudo de vasos”, tal y como hicieron los aztecas al representar en el corazón el nudo que ata el espíritu a la materia; ahí se anuda el alma. El corazón es el testigo del hombre y de su incesante marcha y quien

permite que la parte mejor impere en la personalidad y que sólo la voz del corazón sea escuchada por “todo lo que en el cuerpo tiene sensibilidad”.

Aristóteles no siguió plenamente las enseñanzas de su maestro Platón, ya que afirmaba, siguiendo a la Escuela siciliana, que el alma, fuente de la vida y del movimiento, residía en el corazón, primero de los órganos que se forman en el embrión y el último en morir. Siguiendo el pensamiento presocrático, que asigna un predominio a lo cálido y a la derecha, el mismísimo Aristóteles, se creía obligado a justificar la situación izquierda del corazón como una especie de compensación de la situación, generalmente desfavorable de ese lado.

Estos y otros graves errores anatómicos fueron de no haber practicado la observación directa, disección y vivisección, que, un siglo más tarde, se realizarían habitualmente en la Escuela de Alejandría. También influido por la Escuela siciliana, ignoró la circulación de la sangre, aceptó que ésta es el alimento del cuerpo y de sus residuos nacen el esperma y la sangre menstrual, aunque, como contrapunto, parece que conoció las diferencias entre las sangres venosa y arterial y explicó las palpitaciones del corazón por efecto del aire cuando sale de él, lo que, con mucha imaginación, podríamos considerar como un barrunto de sístole y diástole.

En el siglo IV a. C. destacan los dos grandes anatomistas, Herófilo de Calcedonia y Erasístrato de Cos. Apoyándose en sus conocimientos anatómicos habrían de impulsar el avance de una medicina descriptiva rigurosa de base científico-natural. El primero disecó el corazón, encontrando en él varias cavidades que no sospechaba y junto a otros médicos de la misma Escuela, inició el estudio de la circulación de la sangre y la importancia del pulso que, ya se sabía, era la manifestación de los latidos del corazón otorgándole más importancia a la *cantidad* de pulsaciones que a su *calidad*, cuyas descripciones se perdían en un sinnúmero de términos vagos e imprecisos. Erasístrato, que aportó, en lo relativo al corazón, el conocimiento de las válvulas cardíacas, fue protagonista en una curiosa consulta médica cuando acudió al requerimiento del rey de Siria, hombre septuagenario, para que curase a su hijo, gravemente enfermo. Después de un atento examen, el médico solicitó que todas las mujeres de la corte desfilasen frente al muchacho. Al pasar su madrastra, muy joven y bella, notó que el pulso del joven se aceleró sobremanera. Enterado el rey del diagnóstico, resolvió separarse de su esposa y casarla con su hijo, quien curaría definitivamente. Es la primera vez que se pone en evidencia la relación del ritmo cardíaco y las emociones y quizá, a partir de ese hecho, el corazón comenzó a relacionarse con el sentimiento amoroso.

La figura más prestigiosa de la Medicina romana, fue, sin duda, Galeno, principal anatomista y fisiólogo de su tiempo, que, gracias a sus disecciones de animales, devolvió su prestigio al corazón al sostener que las venas que confluyen en él, son arterias en tanto que las que lo hacen en el hígado, son venas. En sus obras *Sobre los procedimientos anatómicos* y *Sobre el uso de las partes*, describió el corazón y “simplemente los vasos que de él salen”: la arteria mayor (aorta), la vena que asciende desde el hígado (vena cava), arteria venosa (vena pulmonar) y vena arterial (arteria pulmonar). Al describir el corazón, desliza el error imperdonable de afirmar que los ventrículos estaban separados por un tabique que contenía diminutos orificios o poros, a través de los cuales se filtraba la sangre desde el ventrículo derecho al izquierdo.

Por otra parte, para él, existirían tres almas: la *racional o lógica*, que radica en el cerebro; la *irascible*, que lo hace en el corazón y el *alma concupiscente*, que se asienta en el hígado. Con sus equivocados conocimientos anatómicos del corazón y de los vasos sanguíneos y el funcionamiento de las facultades del alma, las cuatro *dynámeis*, elaboraría una teoría de la circulación sanguínea, plagada de errores, que sólo habrían

de subsanarlos, sucesivamente Servet y Harvey.

Paralelamente al mayor y mejor conocimiento anatómico del corazón, su simbolismo toma otras dimensiones: del corazón herido de Cristo, traspasado por una lanza, nace su Iglesia y entre los primeros cristianos, el corazón fue el símbolo de la bondad, de la humildad, de la caridad de Cristo, concepto aprendido de su misma boca pues Él mismo había dicho: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*. A partir del siglo XII comienza la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que ya, de muy antiguo, parecen haber sido practicados por algunos santos, como queda reflejado en sus escritos. Pasando por alto al evangelista San Juan y a San Agustín, el desarrollo más explícito del concepto de adoración al Corazón de Jesús, empieza a encontrarse en los grandes santos de los siglos medievales. En la *Vitis mystica*, atribuida a San Bernardo o a San Buenaventura, se leen expresivas frases de esta devoción que la Iglesia ha tomado para el oficio de esta fiesta: *O quam bonum et quam jocundum habitare in corde hoc*.

Pero simultáneamente al emblema del corazón como representante del amor sagrado, durante la Edad Media comienza también a ser símbolo del amor carnal. Los trovadores asumieron sus rituales que iban desde los serventesios hasta el lenguaje de los abanicos para las destinatarias de sus ensoñaciones y evocaciones amorosas. Los juegos florales tenían como simbología corazones desgarrados y cadencias, que en Cantabria y en Soria eran entonadas por frailes concupiscentes como el Arcipreste de Hita o Gonzalo de Berceo y como el tornadizo Marqués de Santillana. Desde entonces, a lo largo de los siglos y a lo ancho del universo, han venido surgiendo toda una serie de representaciones de la víscera del amor por excelencia, hasta el punto que alguien dejó escrito: *“Mientras haya en este mundo árboles y enamorados, en ellos seguirá habiendo corazones como símbolos del amor”*.

Y, precisamente en esta decimoquinta centuria, comenzaría el principio del fin de la *Prehistoria del corazón* cuando en 1553 aparece la trascendental obra de Miguel Servet<sup>5</sup>, *De Christianismi Restitutio*, en la que, apoyándose en el galenismo, la rectificación azarosa y la búsqueda de la correlación entre la Biblia y la Naturaleza, describe la circulación pulmonar, desconociendo que en los *Comentarios de Ibn al-Nafis al Canon de Avicena*, ya aparecía dicho descubrimiento, que permanecería desconocido durante trescientos ochenta y un años.

Diez años antes, en 1543, Vesalio edita su *De humani corporis fabrica*, la mejor obra anatómica realizada hasta entonces, en cuyo Libro VI describe el corazón, del que afirma que se aproximaba en apariencia a la estructura de los músculos si bien el hecho de que éstos sean origen de movimiento voluntario en tanto que el corazón es involuntario, impide que pueda ser un auténtico músculo. En este caso, el principio vesaliano cede ante la teoría galénica y el reconocimiento de la naturaleza muscular del corazón tendría que esperar hasta las investigaciones de William Harvey, un siglo después.

Como todos sus contemporáneos, Vesalio pensaba que el corazón estaba formado por dos cámaras o ventrículos. La aurícula derecha estaba considerada como continuación de las venas cavas superior e inferior y la izquierda era tan sólo una parte de la vena pulmonar. Según Galeno, los ventrículos estaban separados por un tabique que contenía diminutos orificios o poros, a través de los cuales se filtraba la sangre desde el ventrículo derecho al izquierdo, opinión puesta muy en duda por Vesalio aunque ello implicara dudar de la fisiología cardiovascular de Galeno. Y explica: *El*

<sup>5</sup> Albarracín Teulón, A.: “Los orígenes de la fisiología moderna”, en *H.U.M.*, T.1, pp.78-85, Salvat Editores, Barcelona, 1973.

*septo ventricular está formado, como ya dije, de la misma sustancia espesísima del corazón; ninguno de sus agujeros –al menos en tanto en cuanto se puede afirmar por los sentidos– penetran del ventrículo derecho al izquierdo. Hemos de asombrarnos, por tanto, de la actividad del Creador que hace que la sangre transpire del ventrículo derecho al izquierdo por pasajes que escapan a nuestra vista..”*. Finalmente expresa su opinión sobre la censura eclesiástica respecto de la localización del alma en el corazón y tras referirse a las opiniones de los principales filósofos sobre dicha localización, prosigue: “*Para no tropezar con ningún buscador de escándalos ni censor de herejías, me abstendré totalmente de considerar las divisiones del alma y su localización, ya que hoy en día encontramos muchísimos censores de nuestra santa y verdadera religión. Si oyen murmurar a alguien sobre las opiniones de Platón o Aristóteles o sus intérpretes o Galeno respecto el alma, incluso en anatomía donde estos asuntos tendrían que estudiarse con especial cuidado, te creen inmediatamente sospechosos en tu fe y algo dubitativos sobre la inmortalidad del alma. No entienden que esto es una necesidad para los médicos si desean ocuparse de su arte*”<sup>6</sup>.

Si bien hoy ya sabemos que es en el cerebro donde se manifiesta toda nuestra vida psíquica y afectiva, seguimos considerando al corazón como sede de las pasiones y los sentimientos, existiendo una interacción permanente entre el cerebro y el corazón. Los sentimientos que experimentamos repercuten siempre en el corazón y éste es el que manifiesta nuestras sensaciones psíquicas. Esta interdependencia explica, quizás, la larga discusión metafísica que siempre existió en las diferentes civilizaciones sobre el lugar del alma.

Con William Harvey y su descubrimiento de la circulación mayor, queda completado el conocimiento de la fisiología cardiocirculatoria. En el proemio de sus *Exercitationes de motu cordis et sanguinis in animalibus* vierte una acertada crítica sobre todo cuanto en la época solía enseñarse acerca del movimiento de la sangre. La idea erasistrática de la identidad entre la función respiratoria y el pulso arterial, la concepción galénica de la *vis pulsifica* y las opiniones, todavía tópicas- pese a Servet y Colombo- sobre el papel sólo nutricional de la arteria pulmonar, son sucesiva y contundentemente rebatidos.

Dice en el capítulo VIII, el más importante y solemne de su obra: “*Hasta tal punto es nuevo e inaudito lo que voy a decir, que no sólo temo el mal que me pueda venir de la envidia de algunos sino hasta granjearme la hostilidad de todos los hombres*” y, a continuación, proclama la circulación de la sangre: ésta es impulsada por el ventrículo izquierdo hacia la aorta y regresa a la aurícula derecha a través de las venas cavas.

Harvey advirtió con mucha claridad la importancia y la significación histórica de su gran descubrimiento. En su opinión, el conocimiento de la circulación sanguínea *explica* el saber presente (los hechos que él y otros han observado), *confirma* el saber pretérito (la parte realmente válida de la fisiología antigua) y *prepara* el saber venidero (la fisiología del mundo moderno).

Mostraremos con un ejemplo cómo entiende Harvey esa confirmación del saber antiguo. En el mismo artículo VIII citado expone el armónico paralelismo entre su personal idea del movimiento de la sangre y la de Aristóteles acerca del movimiento de la atmósfera. Procedente de la Antigüedad clásica y aún desde más allá de ésta, no olvidada a lo largo de la Edad Media y continuamente expresada durante el Renacimiento, la concepción del hombre como microcosmos o “mundo menor”, esto es como una reproducción en miniatura del universo o macrocosmos, reaparece muy originalmente

<sup>6</sup> C.D. O'Malley: “Los saberes morfológicos en el Renacimiento. La Anatomía”, en *Id., id.*, T.4, pp. 43-77.

en la obra de Harvey. Para el genial fisiólogo, tres serían los círculos concéntricos en que, armoniosa y paralelamente, se ordena la creación visible: el universo, el hombre y, puesta entre uno y otro, la sociedad civil; el macrocosmos, el microcosmos y, si vale decirlo así, una suerte de microcosmos social.

Lo que el Sol es en el macrocosmos respecto de la Tierra, eso mismo sería el corazón respecto de las partes periféricas: “*todas las partes (del cuerpo) se nutren, se calientan y crecen con la sangre más cálida, perfecta, vaporosa, espirituosa y, por así decirlo, alimentativa; por el contrario, en las partes la sangre se enfría, se coagula y se agota, por lo cual vuelve al principio, esto es, al corazón, como el manantial o al hogar del cuerpo para recuperar su perfección; como un tesoro de vida, recobra su fluidez, impregnándose de espíritus y, por así decirlo, del bálsamo; desde allí se distribuye de nuevo y todo esto depende del movimiento y el pulso del corazón*”. Esta semejanza entre el movimiento de la sangre en el microcosmos y los procesos cíclicos del macrocosmos (día y noche, sucesión de estaciones.) es justamente lo que sugirió a Harvey la idea de llamar *circulatio* al movimiento de la sangre: “*Séanos permitido –escribe– llamar circular a este movimiento en el sentido en que Aristóteles dijo que el aire y la lluvia imitan el movimiento circular de los cuerpos celestes*”. El descubridor de la circulación sanguínea supo ser moderno sin dejar de ser aristotélico y no sólo en lo tocante a este símil cosmológico.

Pero entre el universo y el hombre hay un mundo intermedio, la sociedad civil y también éste tiene un centro ordenador y vivificador, que para Harvey, es el Rey. “*El corazón de los animales es el fundamento de la vida, el principio de todas las cosas, el Sol del microcosmos; de él depende todo crecimiento y de él emana todo vigor y toda fuerza. De la misma manera, el Rey, fundamento de su reino y sol de su mesocosmos, es el corazón de la república y de él emana toda potestad y procede toda gracia.. Y así como todo lo humano tiene como modelo ejemplar al hombre, el Rey se conforma en gran parte al modelo del corazón*”. El Sol, el Rey, el corazón; he aquí los tres principales centros de activación de la realidad en la optimista y armoniosa versión del mundo de William Harvey<sup>7</sup>.

A partir de aquí, el estudio del corazón comienza a descollar dentro de las enfermedades internas. Y así, en el siglo XVIII, Jean Baptiste Sénac, primer médico de cámara de Luis XIV, en su principal obra, *Traité de la structure du coeur, de son action et de ses maladies*, en lugar de extenderse en cuestiones anatomofisiológicas, expone la clínica y las enfermedades del corazón. Superando los estudios, hasta entonces realizados sobre este tema, Sénac descartó las fantásticas noticias acerca de los “corazones vellosos” y de los cálculos cardiacos y explicó los llamados “pólipos del corazón”, como formaciones postmortem. Describió con propiedad la pericarditis e interpretó el hidrotórax como la consecuencia de un fallo circulatorio. Reunió especialmente abundantes casos correspondientes a “aneurismas de corazón”, término que utilizó para designar, indistintamente, la dilatación y la hipertrofia cardiacas.

A partir de ahí, el corazón recobrará plenamente su prestigio, hasta tal punto que, desde los revolucionarios franceses, se vuelve transportable: en 1793, el corazón de Marat es exhibido en un cofre en los Jardines de Luxemburgo de París.

Sin embargo, entre los clínicos que vivieron a caballo de los siglos XVIII y XIX, no reinaba precisamente el optimismo: Corvisart, médico de Napoleón, afirmaba: *En todas las enfermedades del corazón se encuentra el fatal pronóstico de la muerte. Es*

<sup>7</sup> Laín Entralgo, P.: “La obra de William Harvey y sus consecuencias”, en *H.U.M.*, T. 4 id, id, pp. 225-248.

*posible, algunas veces, prevenir la enfermedad, pero curarla, nunca* y Broussais era aún más contundente en su nihilismo: *El estudio de las enfermedades del corazón es de pura curiosidad pues no aporta nada a la terapéutica y proponerse profundizar es exponerse a lo temerario, a lo hipotético y hasta lo imaginario.*

Será a lo largo del ochocientos, no obstante, cuando comiencen a aportarse una serie de medios técnicos que ayudarán al conocimiento de la ciencia cardiológica, como la auscultación de Laennec y, gracias a ella, la descripción de los soplos cardíacos por Skoda y el descubrimiento de los RX y del EKG, a cargo de Roentgen y Eindhoven, respectivamente.

Recién comenzado el siglo XX, la cardiología queda constituida como especialidad, cuyo sustantivo definitorio aparece por primera vez, precisamente en España, dando nombre a una revista dirigida por los Dres. Pittaluga y Calandre y a dos tratados escritos por los Dres. Mut y Pérez de Petinto.

A comienzos del segundo tercio del mismo siglo –hace sesenta y nueve años–comenzaría el desarrollo de la cirugía cardíaca. El corazón, que durante tantos siglos permaneció como un órgano intocable, como “la última ciudadela por conquistar”, ya que la distancia entre la piel y el pericardio, de apenas tres centímetros, ha tardado el hombre en recorrerla más de dos mil quinientos años, ya comienza a poder ser abordado quirúrgicamente.

El verdadero “padre” de la cirugía cardíaca fue el español Francisco Romero, que, en 1815, realizó con éxito la primera toracotomía, seguida de pericardiectomía, logrando la curación del enfermo. Por lo tanto, dicho título no se le puede conceder, ni a Guido Farina –quien practicó en 1896 la primera sutura de la pared cardíaca– ni al alemán Ludwig Rehn, por el mismo motivo.

Muy a vuelapluma, el desarrollo de la cardiocirugía se produce en tres etapas sucesivas: una, inicial, que comienza en 1938, en la que se practican solamente *técnicas cerradas* (cierre del conducto arterioso y tetralogía de Fallot en niños, coartaciones de aorta e inicio de la cirugía valvular); una segunda etapa (de 1950-1960) caracterizada por el nacimiento de la *cirugía a corazón abierto*; y una tercera de desarrollo y plenitud, logrando el culmen de la cirugía valvular y coronaria, el milagro del trasplante cardíaco y el comienzo de la aplicación del corazón artificial.

Más de última hora ha sido el nacimiento de la *cardiología intervencionista*, basada en el método de la cateterización cardíaca –empleado por Claude Bernard en 1.884 como simple método experimental e intuido en sus autoexperiencias por Werner Forsmann como método diagnóstico, sin renunciar en un futuro a su función terapéutica. El desarrollo de la terapia mecánica transluminal ha revolucionado la Cardiología de nuestros días, habiendo llegado a métodos y soluciones cada vez más avanzados, más inesperados y más ilusionantes. El corazón seguirá siendo noticia.